

EL AIRE SE SERENA Y VISTE DE HERMOSURA Y LUZ NO USADA

De cómo el espacio arquitectónico es como el
instrumento musical.

Dedicado a Luis Suñén.

Se intenta en este texto establecer un paralelismo entre el instrumento musical y el espacio arquitectónico. El instrumento musical mediante el aire produce el regalo de la música. El espacio arquitectónico mediante la luz produce ese algo inefable que es la arquitectura.

“El aire se serena y viste de hermosura y luz no usada, Salinas, cuando suena la música extremada, por vuestra sabia mano gobernada”.

Así comienza la *Oda III a Francisco Salinas* donde Fray Luis de León habla de la luz y de la música, con tan hermosas palabras.

Y es que un espacio arquitectónico es semejante a un instrumento musical.

Y tanto en los instrumentos de viento como en los de cuerda, el secreto está en el aire. El aire pasa a través del instrumento de viento y se pone en vibración en el instrumento de cuerda. Y tanto el aire insuflado en una flauta como el puesto en vibración por las cuerdas tensadas en un cello, producen ese algo tan sublime que es la música. Sin aire no sería posible la música.

Pues de semejante manera, la luz, la luz natural, la luz del sol, al atravesar un espacio bien tensado por el arquitecto, a través de perforaciones precisas, produce esa inefable emoción que solo la arquitectura es capaz de despertar. Sin luz no sería posible la arquitectura. Luz que tempera el aire contenido en el espacio arquitectónico.

Y así como para que en un instrumento musical suene la música, es necesario que esté bien concebido, bien construido y bien afinado, así también es necesario que el espacio arquitectónico esté bien ideado y bien desarrollado y bien construido, para que allí suene bien la arquitectura.

IDEA. CONCEPCIÓN.

El instrumento musical y el espacio arquitectónico, deben estar bien concebidos. Es imprescindible tener una idea clara de lo que se quiere hacer. Y luego, saber cómo hacerlo, controlar con precisión las formas y las dimensiones y las proporciones que lleven a conseguir el resultado buscado.

Si uno quiere conseguir timbre de violín, deberá concebirlo con forma y dimensiones y proporciones de violín. No es igual un violín que un violón.

Hoy escuchaba en la radio un programa sobre un museo que expone instrumentos musicales. Y me parecía *contra natura* el que los instrumentos musicales, cuya razón de ser es la música, estuvieran expuestos como si de cadáveres se tratara, muertos. Y es que los instrumentos musicales son para sonar, para hacer música, cuando el aire pasa por ellos y se produce el milagro.

Si un arquitecto quiere conseguir un espacio tensado por la luz, ¿puede existir un espacio sin luz?, deberá concebirlo con forma y proporciones precisas para que el edificio despierte cada mañana y, al compás de la luz que marca el tiempo, viva a lo largo del día, a lo largo del tiempo. La idea de un proyecto debe contener desde su concepción esa relación ineludible con la luz. No me cansaré de insistir en que la idea clara de un proyecto es la base imprescindible para que allí aparezca la arquitectura. Y la luz debe formar parte central de esa idea.

Es en esta primera fase cuando se deciden las trazas de la obra de arquitectura. Es la fase de saber qué y cómo se construye ese espacio arquitectónico.

DESARROLLO. AFINADO.

Y si tras su construcción más perfecta, el instrumento musical necesita ser afinado, igual sucede con el espacio arquitectónico. Y no es este afinado arquitectónico el plausible cuidado que algunos arquitectos hacen del detalle. El afinado en este caso pertenece a la precisión en la relación de ese espacio con la luz.

María Zambrano decía de la poesía que era *“la palabra acordada con el número”*. Y en este mismo sentido, apuntaba Osip Mandelstam que *“en poesía todo es medida”*. Pues esa precisión que es condición *sine qua non* en la poesía, lo es también en la música y en la arquitectura.

La precisión es imprescindible en toda creación artística. Confunde el vulgo la creación artística, lo artístico, con el gesto, el desplante, o la forma caprichosa. Muy al contrario, la creación artística requiere de una enorme precisión y afinado, que exige sabiduría y tiempo por parte del artista que crea la obra de arte.

Para que el instrumento musical llegue a sonar con aquella música extremada descrita por Fray Luis de León, tras estar bien construido, necesita estar bien afinado. En los instrumentos de cuerda, las cuerdas deben estar tensadas con absoluta precisión para que vibren de la mejor manera. Y en los instrumentos de viento, los diámetros de los tubos y los de los boquetes que en ellos se hacen, deben estar hechos con perfecta exactitud.

Para que la arquitectura suene con música divina cuando es atravesada por la luz, necesita estar bien afinada. Necesita que la situación, la forma y la dimensión de las perforaciones con que se relaciona con el exterior, con la luz, estén perfectamente definidos por el arquitecto. Las puertas, ventanas y lucernarios pueden, deben entenderse como perforaciones en el espacio arquitectónico, que lo ponen en relación con la luz, y con las vistas y con el aire. Pues todo ello debe definirse con precisión en este segundo estadio que es el proyecto de ejecución. No es el proyecto de ejecución un mero desarrollo mecánico de las primeras ideas. Es un verdadero afinado del instrumento.

CONSTRUCCIÓN.

Una vez construido y afinado el instrumento musical, es necesario tocarlo muy bien para que muy bien suene. Un buen intérprete musical ante un buen instrumento bien afinado sabrá arrancar las notas precisas capaces de conmovernos en lo más hondo. Sabrá hacer vibrar el aire de tal manera que mueva nuestro corazón.

Pues en arquitectura, tras la idea concebida, como una construcción mental, y tras su desarrollo detallado en lo que los arquitectos llamamos proyecto de ejecución, la interpretación de la pieza es precisamente su construcción material, su puesta en pie. Es esta construcción material una verdadera interpretación de aquella idea primera. Construcción material que tampoco es una puesta en pie mecánica de aquel proyecto de ejecución. El atento seguimiento de las obras hace que el arquitecto siga afinando todavía más si cabe el organismo arquitectónico.

He citado muchas veces a Saramago para, con sus palabras, decir que los arquitectos tenemos como pequeños cerebros en la punta de los dedos, que hace que se pueda decir que pensamos con las manos. Y leía hace poco que un gran compositor sevillano del XVII, Francisco Guerrero, para alabar a Pedraza, el maravilloso organista de la Catedral de Sevilla decía: *“En cada uno de cuyos dedos veo un ángel”*. Pues eso. Un arquitecto es alguien que construye ideas y piensa y sueña con las manos.

En el caso de la música es fácil hacer la distinción entre la construcción, el afinado y el tocado del instrumento,

En el caso de la arquitectura, es la construcción física, material, lo que consideramos como interpretación de aquella primera idea.

Y luego la luz, como el aire en la música, atravesará el espacio creado por el arquitecto para que suene. Y, como si de un milagro se tratara, cuando la luz llega, se produce ese poder como tocar el tiempo, algo que pareciendo inasible, está a nuestro alcance y nos pone el corazón en un puño. Suspender el tiempo, dicen los poetas. Que la luz construye el tiempo no es una frase acertada para un texto pedagógico. Ese milagro espacial es una realidad tangible a nuestro alcance.

En mi edificio de Caja Granada, en el que planteo de manera clara y rotunda el diálogo del gran espacio central con la luz del sol, jamás he visto una interpretación repetida. Cada día a cada hora suena de distinta manera, y siempre bien. Y siempre consigue emocionarnos, también a mí, profundamente.

Editaron las directoras de mi Guardería para Benetton en Venecia un librito que para mí fue emocionante pues estaba repleto de imágenes que demostraban que habían entendido bien lo que yo allí había pretendido. En una de aquellas imágenes una niña tocaba la huella de la luz sobre la pared a la vez que exclamaba: *"Il sole! Ho toccato il sole!"* (Zoe a. 2,2).

Y ahora, encima de mi mesa, perdón en mi ordenador, todavía latiendo, el inefable espacio que un joven arquitecto portugués, Paulo H. Durao y yo estamos proyectando para el Aeropuerto de Malpensa en Milán, en el que planteamos una caja llena de radiante luz, como si de una nube traspasada por los rayos del sol se tratara. Espero que podamos construirlo.

FINALE

En definitiva, si planteo esta comparación entre instrumentos musicales y espacios arquitectónicos, es para insistir una vez más en cómo las obras de arquitectura que nos interesan, no son fruto del capricho ni de la moda ni de la arbitrariedad ni de los formalismos capaces de asombrar a los ignorantes. Muy al contrario, la arquitectura reclama claridad en las ideas generadoras, precisión en el desarrollo y adecuación en la construcción. Y siempre el entendimiento de la luz como material principal.

Es bien conocida la clasificación que Paul Valery en su *Eupalinos*, hace de las obras de arquitectura: *"Edificios mudos, edificios que hablan y edificios que cantan"*. Pues para que "canten", los edificios deben estar bien concebidos, bien afinados y bien contruidos. Y así la arquitectura cantará con la más alta música y será capaz de alumbrar y hacer felices a los hombres.